

ÁNGELA DAVIS Y EL JUGADOR

DANA HART



Portada Jeniffer Ilustra

Ocurrió mucho antes de convertirme en la mujer más buscada por el FBI. Tenía trece años. Él era mayor que yo. Calculo que tenía cerca de treinta años, o un poco más.

Igual que cualquier fanática, intentaba seguir los partidos, me escapaba de mi casa y le decía a mi mamá que me iba a quedar en la casa de una amiga. De esa manera, podía viajar de un lugar a otro y que nadie lo notara.

Conseguir la plata era la parte más difícil. Había un tío que me daba alguna moneda, pero la mayoría de las veces, tenía que robarme el vuelto de alguna ida al almacén de la esquina.

No era un barrio fácil. Lo llamaban “colina dinamita”, por la cantidad de bombas que hacía explotar allí el Ku Klux Klan.

A tan temprana edad, buscaba con qué apasionarme. Más tarde comprendí que el deporte es utilizado, igual que muchas otras cosas, por el Imperialismo blanco para dominar a la humanidad.

Me paraba en la gradería y repetía los estribillos como si me los supiera.

Se aprenden pronto. Están hechos, justamente, para que cientos de miles de personas, se los sepan de memoria y los tarareen a coro, a viva voz, a nivel multitud.

Probablemente, lo que en realidad me gustaba en aquella escena, era sentirme parte de esa masa alzada, gritando, saltando, sudando, olvidando las penurias de su vida cotidiana. ¿You know?

El partido terminaba y la gente se iba. Igual que un ritual. Pero yo me quedaba. Esperaba hasta el final, sentada en la puerta de los camarines. Quería verlo. En Alabama era campeón. La hinchada lo alentaba solo a él, en esas ocasiones gloriosas, en las que parecía llover, a pleno sol.

Era admirado. Querido. Venerado. Parecía que una esperanza certera en el futuro, se había postrado sobre él. Más que un cura o un profeta, más que un elegido. Era un Dios sobre la tierra.

Lo miraba del mismo modo, con solo trece años. Admiraba sus gestos, la forma que tenía de captar la atención.

La primera vez que me habló, no podía creer que me dirigiera la palabra.

En el momento en el que salía, me saludaba y me preguntaba si quería que me alcanzara hasta alguna parte.

Tenía uno de esos vehículos, que en aquella época llamaban la atención y no tenía nadie, nos parecían deslumbrantes.

Yo aceptaba resuelta, aunque por dentro fuera presa del temor. Dos o tres veces me llevó y no pasó nada malo. Por lo que me dio la confianza suficiente como para creer que era un espacio seguro, que él era seguro. Pero no.

Hablaba dulcemente, sin querer asustarme. Estacionó el auto, no pude saber dónde, empezó a manosear su pantalón y puso su mano en mi rodilla. Me asusté. Se la saqué. Y él volvió al ataque. Estiró su mano contra mis piernas, e intentó frotar mi vagina, mientras acercaba su boca hacia mi cara. Pude sentir un olor putrefacto saliéndole de la boca.

Le dije “Basta” y continuó. Me lastimó con la mano y empezó a frotar su lengua sucia contra mi boca.

Pude ver su pene erecto, fuera de su pantalón, cuando ya comenzó a parecerse a un zombi. Me sacudí y usé el puño derecho para estampárselo en el ojo. Levanté el cerrojo de la puerta y bajé del auto tan rápido como pude.

Después lo vi, por todas partes. Aparecía mucho más que antes. En las conversaciones ajenas, sobre todo, donde la gente lo ponía en un altar. Empecé a sentir una emoción que no tiene nombre, que no está descrita en ningún libro. Una mezcla de odio y rencor, que mancha a la gente que lo levanta como si fuera un ídolo.

No es que no sepan. Se los he dicho. En cuanto sucedió, traté de hablarlo, les dije lo que había hecho y me preguntaron qué hacía yo en su auto, cómo había llegado hasta allí y de qué modo me había estado escapando de casa. Me culparon.

Una persona que opera de esa manera, que es capaz de transformarse así, no cambia. Se mantiene como una integridad siempre presente, en lo que sea que hace.

Si habla ante un público que lo aplaude, seguirá siendo un violentador, un abusador, violador. ¿You know?

Fue lo mismo que haber sido acosada por el hombre que llegó a la luna, justo antes de que se subiera a su transbordador espacial. Puedes ver al mundo sonriéndole, festejándole, levantando sus banderas en alto, como héroe y libertador. Idolatran al mismo que fue, es y siempre querrá ser, tu tirano.

¿Por qué hay tanta gente que no cree, justifica o derechamente encubre? Él era famoso, influyente, una promesa de salvación. Yo era percibida como nadie, invisible, desechable. Estaba sola. O eso creía.

Hay formas de encubrir conscientes y también hay encubrimiento por ceguera. Importante definición. ¿En qué tipo de sociedad, Dios es un violador?

Me faltaron herramientas, que fui desarrollando con los años, la experiencia, de incorporar nociones de clase, raza y género, para explicar las injusticias del mundo.

Después aprendí una estrategia para terminar con todas las opresiones, sin prenderle velas a ningún santo. Hay quienes apoyan en tal o cual partido y hay quienes preferimos, dar vuelta la cancha.

¡Una revolución! Eso se necesita. ¡Una revolución que marchite las viejas flores corrompidas y abra el paso a los nuevos brotes! ¡La insurrección! El tiempo llegará. “*Un ternero saltará, y su asta romperá la red*”.

El enojo se intensifica con los años. Se convierte en la base, en los pilares fundamentales de la arquitectura de lo que somos. Es la fuerza vital que nos impulsa a derribar lo existente.

La última vez que me senté en las gradas, me quedé mirando. No canté. No grité. No tararee a coro los gritos populares que sonaban a mi alrededor. Intentaba mirar cara a cara a una realidad brutal.

Una mano, se apoyó sobre mi hombro. Giré intempestivamente y era una joven, que se sentó a mi lado, preguntándome qué me pasaba.

Ella tenía la cabeza rapada y un símbolo anti-nazi tatuado en el cuello. Le señalé con el dedo al susodicho y no tuve que decir nada más.

Me tomó la mano, me miró directo a los ojos y me dijo palabras para nunca olvidar: “Yo sí te creo”.



Dana Hart

www.danahartescritora.com



Jeniffer Ilustra

www.jenifferilustra.com